



La sabia Cenicienta

Cuento europeo

Éranse una vez tres hermanas, Adela, Matilde y Serafina, la menor. Sus padres habían muerto y las tres hermanas salieron a buscar nuevos horizontes. Después de mucho andar, llegaron a un bosque muy espeso y oscuro y perdieron el rumbo.

-Pobres de nosotras, no sé que podremos hacer –se lamentaban Adela y Matilde-. Es de noche y no tenemos adónde ir a dormir.

Pero Serafina no desesperó. Trepó a un árbol, miró a su alrededor y, por el lado donde el sol ya se había puesto, vio brillar una lucecita. Las tres hermanas se pusieron en marcha y pronto llegaron frente a una magnífica casa, toda cubierta de oro y plata y con muchas campanas de plata en el tejado.

-Ah, qué bonito es este sitio –dijeron las hermanas y llamaron a la puerta.

La puerta se abrió y apareció una bruja horrible, tres veces más corpulenta que un hombre, que tenía un solo ojo en medio de la frente, quince dedos en cada mano y quince en cada pie, además de una boca que parecía la entrada a un horno. Y tras ella apareció un viejo aún más horrible, tres veces más grande y corpulento que ella, que también tenía un solo ojo, quince dedos en cada mano y quince en cada pie, además de una boca que parecía la puerta de un granero.

Eran dos ogros y comían carne humana. Las hermanas, aterrorizadas, intentaron escapar, pero fue en vano. Ya estaban dentro de la casa y los dos monstruos se relamían pensando en la estupenda cena que los esperaba.

Pero Serafina les rogó:

-Por favor, dejadnos vivir. Cocinaremos para vosotros, barreremos la casa, lavaremos la ropa, coseremos, trabajaremos para vosotros día y noche, pero no nos quitéis la vida.

Al principio, los dos ogros no querían siquiera escucharla, pero se dieron cuenta de que por probar no perdían nada. Siempre estarían a tiempo de comerse a las tres hermanas.

-De acuerdo –dijeron-. Preparadnos entonces cuatro cerdos asados para el almuerzo.

Las hermanas se pusieron a trabajar en el acto y, cuando el almuerzo estuvo listo, Serafina atrapó cuatro ratones vivos y cosió la barriga de los cerdos después de meterlos dentro. Los ogros se zamparon los cerdos de un bocado y no se dieron cuenta de nada. Después de comer, se fueron a dormir para hacer mejor la digestión. Mientras dormían, los ratones comenzaron a roerles las tripas y les hicieron tantos agujeros en el estómago que los ogros no pudieron sobrevivir.

En ese momento comenzó la buena vida para las hermanas. Tenían una casa formidable, cubierta de oro y de plata, con campanas de plata en el techo, y también por dentro llena de oro, de plata y de piedras preciosas. Adela y Matilde se ponían de punta en blanco y se iban a la ciudad, donde nunca faltaban a un baile o a una recepción, incluso en el palacio del rey. Serafina, en cambio, se ocupaba de la casa. A fuerza de verla en la cocina trajinando con las cenizas, sus hermanas comenzaron a llamarla **Cenicienta**. Las muy necias ya no recordaban que, si no hubiese sido por Serafina, los ogros, sin duda, las habrían devorado. Así, dejaban que trabajase por las tres y nunca la llevaban a la ciudad.

-Compréndelo, Cenicienta, contigo haríamos un mal papel y nos ensuciarías los vestidos.

Una vez, mientras ordenaba la casa, Serafina encontró una pequeña llavecita de oro. La probó enseguida en todas las puertas, todos los armarios y todos los cofres y finalmente, en el desván, descubrió una pequeña caja que pudo abrir con la llave encontrada. Adivinad qué había dentro: un maravilloso vestido de plata, un par de zapatos de plata y una diadema de plata. No había en todo el reino un vestido tan hermoso como ése.

Serafina se alegró muchísimo. Justamente esa noche había un baile en el palacio real, así que se puso el vestido de plata y fue hacia allí. El palacio estaba lleno de señores y damas de la nobleza. Allí estaban también sus hermanas, pero Serafina era la más bella de todas. Nadie reconoció en ella a la humilde Cenicienta, ni siquiera sus hermanas. Y el rey mismo no quiso bailar con ninguna otra, sino sólo con Serafina vestida de plata. Pero, cuando sonaron las doce de la noche, Serafina se escapó para llegar a casa antes que sus hermanas.

Éstas no volvieron hasta el amanecer y, durante toda la semana, no hablaron de otra cosa que del magnífico baile y de la princesa vestida de plata, como si todo esto no tuviese nada que ver con ella.

A la semana siguiente, el rey ofreció una nueva fiesta y, naturalmente, Adela y Matilde no podían faltar. En cuanto cerraron la puerta, Serafina fue al desván, abrió la caja con la llavecita de oro y esta vez encontró un vestido de oro, un par de zapatos de oro y una diadema de oro. Jamás se había visto un vestido tan bello en todo el reino ni en los reinos colindantes.

Serafina se puso el vestido de oro y se fue al baile. El palacio estaba lleno de damas y caballeros de la nobleza, y estaban también sus hermanas, pero Serafina era de nuevo la más bella. Y tampoco esta vez hubo quien reconociese en ella a Cenicienta. El rey no le quitó la vista de encima ni un instante, pero, cuando llegó la medianoche, Serafina se escabulló y volvió corriendo a casa. Durante toda la semana, las hermanas hablaron de la bellísima princesa vestida de oro.

Siete días después, el rey ofreció de nuevo una fiesta con baile. Y esta vez Serafina encontró en la caja del desván un vestido de diamantes, un par de zapatos de diamantes y una diadema de diamantes. Y este vestido era tan hermoso que no se había visto jamás en todo el mundo uno igual.

Esa noche, en la fiesta, los caballeros y las damas de la nobleza, así como las hermanas de Cenicienta, se quedaron deslumbradas de tanto esplendor y el rey estaba firmemente decidido a no dejar escapar a Cenicienta por tercera vez y a llevarla, sin pensarlo dos veces, del baile al altar. Pero a medianoche, Cenicienta desapareció sin que el rey tuviese tiempo a reaccionar y volvió a casa. Y, mientras corría, perdió en el bosque un zapato de diamantes.

El rey se sentía profundamente infeliz porque Cenicienta se le había escapado por tercera vez. Sin embargo, para escapar a sus tristes pensamientos, decidió salir de caza. Cabalgando por el bosque mató un oso, un jabalí, muchos lobos y varios zorros, y de improviso, en un arbusto, descubrió el zapato de diamantes de Cenicienta. Asustado y dolorido, pensaba que a Cenicienta le había ocurrido algo malo.

A causa del dolor enfermó, cayó en cama, no hablaba, no comía, ya no dormía, y seguía mirando, entre sollozos y suspiros, el zapato de diamantes de Cenicienta.

La noticia de su enfermedad se difundió por todo el país, todos hacían comentarios, incluso las hermanas de Cenicienta. Pensaban incluso que el rey moriría de pena.

Cuando Cenicienta se enteró de lo que ocurría, fue al desván, se puso el vestido de diamantes, la diadema y el zapato de diamantes que le quedaba y acudió al palacio real. Podéis imaginaros lo que sucedió. Al ver a Cenicienta, el rey se levantó de la cama, le puso el zapato que había encontrado en el bosque y ordenó de inmediato los preparativos de la boda. En la fiesta nupcial, participaron barones, príncipes y caballeros, hombres y damas de la nobleza, y hasta las hermanas de Cenicienta. Todos la envidiaban un poco, pero al mismo tiempo se alegraban de un final tan feliz.